

M A R K

L I L L A

Más allá de la política de la identidad

E L

R E G R E S O

L I B E R A L

DEBATE

M A R K

L I L L A

Más allá de la política de la identidad

E L

R E G R E S O

L I B E R A L

DEBATE



El regreso liberal

Más allá de la política de la identidad

MARK LILLA

Traducción de Daniel Gascón

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://www.twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

«Un breve y excelente libro sobre el declive del liberalismo estadounidense que explica cómo pasó de los éxitos de Roosevelt a los abismos de la política de la identidad actual.»

FAREED ZAKARIA, CNN

«En su nuevo libro Lilla lanza un aviso importante, apasionado y muy crítico a los liberales que, en su opinión, están atrapados en el fango. El mensaje de Lilla es oportuno y necesario.»

ARLIE RUSSELL HOCHSCHILD, *The Washington Post*

«Lilla plantea una conversación magistral en este breve ensayo.»

Los Angeles Review of Books

«*El regreso liberal* es un diagnóstico perfecto.»

The Guardian

«El libro de Lilla es un importante contrapeso a la opinión general.»

The Financial Times

«Tras el desastre de noviembre de 2016, se necesita urgentemente un análisis de la catástrofe. Mark Lilla ha escrito un ensayo profundo y provocador sobre lo

que ocurrió, y lo que liberales, moderados y progresistas deberían hacer al respecto.»

STEVEN PINKER

Debemos entender que existe una diferencia entre ser un partido que se preocupa por el trabajo y ser un partido del trabajo. Hay una diferencia entre ser un partido que se preocupa por las mujeres y ser el partido de las mujeres. Y podemos y debemos ser un partido que se preocupa por las minorías sin convertirnos en un partido de las minorías. Ante todo somos ciudadanos.

EDWARD M. KENNEDY, senador, 1985

INTRODUCCIÓN

La renuncia

Donald J. Trump es presidente de Estados Unidos. Y su sorprendente victoria ha dado por fin energía a los liberales y progresistas estadounidenses. Están organizando lo que llaman «resistencia» a todo lo que representa. Crean redes, van a manifestaciones, asisten a los plenos del ayuntamiento e inundan las líneas telefónicas de sus representantes en el Congreso. Ya se habla con entusiasmo de recuperar escaños en la Cámara de Representantes y en el Senado en las elecciones de mitad de la legislatura, y la presidencia en tres años. La búsqueda de candidatos ha comenzado y, sin duda, hay asesores que sueñan con los despachos que ocuparán en el Ala Oeste de la Casa Blanca.

Ojalá la política estadounidense fuera tan sencilla. Pierdes la bandera y la recuperas. Nosotros, los liberales, hemos jugado a este juego antes y, a veces, hemos ganado. Hemos tenido presidentes demócratas en cuatro de las diez legislaturas que siguieron a la victoria de Ronald Reagan en 1980 y hubo importantes logros en cuestiones de medidas políticas durante los gobiernos de Bill Clinton y Barack Obama. Pero si rascas la superficie de las elecciones presi-

denciales, que parecen seguir su propio ritmo histórico, las cosas se vuelven muy oscuras, muy deprisa.

Clinton y Obama fueron elegidos y reelegidos con mensajes que hablaban de esperanza y de cambio. Pero se vieron bloqueados en casi cada momento por republicanos llenos de confianza en el Congreso, un Tribunal Supremo escorado a la derecha y una mayoría creciente de gobiernos estatales en manos de los republicanos. Los triunfos electorales de esos presidentes no hicieron nada para detener o ralentizar siquiera la deriva derechista de la opinión pública estadounidense. De hecho, en buena medida gracias al complejo mediático sin escrúpulos y enormemente influyente de la derecha, cuanto más tiempo se mantenía en el cargo, más despreciaba el público el liberalismo como doctrina política. Y ahora nos enfrentamos a páginas web de la extrema derecha populista que mezclan medias verdades, mentiras, teorías de la conspiración e invenciones para crear un mejunje tóxico que se tragan fácilmente los crédulos, los indignados y los amenazadores. Los liberales se han convertido en el tercer partido ideológico de Estados Unidos, por detrás de los autodenominados «independientes y conservadores», incluso entre los jóvenes y algunas minorías. Nos han repudiado en términos nada ambiguos. Donald Trump no es, para ser sinceros, la mayor de nuestras preocupaciones. Y, si no miramos más allá de él, hay muy poca esperanza para nosotros.

El liberalismo estadounidense en el siglo XXI está en crisis: una crisis de imaginación y de ambición por nuestra parte,

una crisis de vínculo y de confianza por parte del público. La mayoría de los estadounidenses han dejado muy claro que ya no responden a cualquier mensaje general que estuviéramos transmitiendo las décadas pasadas. Incluso cuando votan a nuestros candidatos, son cada vez más hostiles hacia nuestra manera de hablar y de escribir (especialmente sobre ellos), hacia nuestra manera de argumentar, hacia nuestra manera de hacer campaña, hacia nuestra manera de gobernar. La famosa observación de Abraham Lincoln resulta de nuevo oportuna:

El sentir del público lo es todo. Con él, nada puede fracasar; en su contra, nada puede prosperar. Quien moldea el sentir del público va más allá que quien promulga leyes o pronuncia decisiones judiciales.

La derecha estadounidense entiende perfectamente esta ley básica de la política democrática y por eso ha controlado la agenda política del país durante dos generaciones. Los liberales han rechazado aceptarla el mismo tiempo. Como Bartleby el escribiente, «prefieren no hacerlo». La pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué aquellos que dicen hablar por el gran *demos* estadounidense se muestran tan indiferentes ante la tarea de agitar sus emociones y de ganar su confianza? Esta es la cuestión que me gustaría explorar.

Escribo como un liberal estadounidense frustrado. Mi frustración no se dirige hacia los votantes de Trump o hacia aquellos que han apoyado de manera explícita el ascenso

de este demagogo populista, ni hacia aquellos que han engrasado las ruedas de su campaña, ni hacia aquellos cobardes de Washington que se han doblegado ante él. Otros irán a por ellos. Mi frustración tiene su fuente en una ideología que durante décadas ha impedido que los liberales desarrollen una visión ambiciosa de Estados Unidos y de sus ciudadanos capaz de inspirar a toda clase de estos y en todas las regiones del país. Una visión que orientara al Partido Demócrata y le ayudase a ganar elecciones y a ocupar nuestras instituciones políticas a largo plazo, para que pudiéramos realizar los cambios que nosotros queremos y Estados Unidos necesita. Los liberales aportan mucho a la competición electoral: valores, compromisos, propuestas de políticas. Lo que no llevan es una imagen de cómo podría ser nuestra forma de vida compartida. Desde la elección de Ronald Reagan, la derecha estadounidense ha ofrecido una. Y es esa imagen —no el dinero, no la falsa publicidad, no el discurso del miedo, no el racismo— la que ha sido la fuente última de su fuerza. En la competición por la imaginación estadounidense, los liberales han abdicado.

El regreso liberal es la historia de esa renuncia. Su argumento se puede resumir brevemente. Sugiero que la historia política estadounidense del siglo pasado se puede dividir de forma útil en dos «dispensaciones», para invocar el término de la teología cristiana. La primera, la Dispensación Roosevelt, se extendió desde la época del New Deal hasta la era del movimiento de los derechos civiles y la Gran Sociedad de los años sesenta y se agotó en la década de

1970. La segunda, la Dispensación Reagan, empezó en 1980 y ahora la cierra un populismo oportunista y carente de principios. Cada dispensación trajo consigo una imagen inspiradora del destino de Estados Unidos y un claro catecismo de doctrinas que establecían los términos del debate político. La Dispensación Roosevelt presentaba un Estados Unidos en donde los ciudadanos estaban implicados en una empresa colectiva para protegerse unos a otros frente al riesgo, la miseria y la negación de los derechos fundamentales. Sus consignas eran «solidaridad», «oportunidad», «deber público». La Dispensación Reagan presentaba un Estados Unidos más individualista en donde las familias, las pequeñas comunidades y las empresas florecerían una vez quedaran libres de los grilletes del Estado. La primera dispensación era política; la segunda, antipolítica.

La gran renuncia liberal empezó durante los años de Reagan. Con el final de la Dispensación Roosevelt y el ascenso de una derecha unida y ambiciosa, los liberales estadounidenses afrontaban un grave desafío: desarrollar una nueva visión política del destino compartido del país, adaptada a las nuevas realidades de la sociedad estadounidense y escarmentada por los fracasos de antiguos enfoques. Los liberales no lograron hacerlo. En vez de eso, se lanzaron hacia las políticas del movimiento de la identidad y perdieron la noción de lo que compartimos como individuos y de lo que nos une como nación. Una imagen del liberalismo de Roosevelt y los sindicatos que lo apoyaban era la de dos manos que se estrechaban. Una imagen recurrente del libe-

ralismo de la identidad es la de un prisma que refracta un solo haz de luz hacia los colores que lo conforman, lo que produce un arcoíris. Eso lo dice todo.

La política de la identidad no es nada nuevo, sin duda, en la derecha estadounidense. Lo asombroso durante la Dispensación Reagan fue el desarrollo de una versión de izquierdas que se convirtió en el credo de facto de dos generaciones de políticos, profesores, maestros, periodistas, activistas y funcionarios liberales del Partido Demócrata. No constituía un accidente histórico; porque la fascinación, y luego obsesión, hacia la identidad no desafiaba el principio fundamental del reaganismo. Reforzaba ese principio: el individualismo. La política de la identidad de la izquierda se ocupaba al principio de amplios sectores de personas — afroamericanos, mujeres— que buscaban reparar grandes errores históricos, primero desde la movilización y, después, por medio de las instituciones para asegurar sus derechos. Pero en los años ochenta, esto había dado paso a una pseudopolítica de la mirada hacia uno mismo y hacia una autodefinición cada vez más estrecha y excluyente, que ahora se cultiva en nuestras universidades. La principal consecuencia ha sido girar a los jóvenes hacia sí mismos, en vez de volverlos hacia fuera, hacia el mundo más amplio. Los ha dejado sin preparación para pensar sobre el bien común y lo que se debe hacer, en términos prácticos, para garantizarlo, sobre todo la dura y poco glamurosa tarea de convencer a gente muy distinta a nosotros para que se una en un esfuerzo común. Cada avance de la conciencia *identitaria* liberal ha marcado un retroceso de la conciencia polí-